

Amanda Labarca

Evolución de la segunda enseñanza

PREAMBULO



El objetivo primero de estas investigaciones fué el de establecer los progresos, analizar las fallas y presentar un plan de mejoramiento de la segunda enseñanza en Chile.

Quería completar, de este modo, mi estudio anterior sobre el «Mejoramiento de la vida campesina», refiriéndome a la influencia pedagógica ejercida por los establecimientos urbanos de educación media en la orientación de la juventud.

Su primera parte—en el esbozo preliminar de la obra—estaba destinada a trazar a grandes rasgos la evolución de esa enseñanza en los países que han influido notoriamente sobre el nuestro. La segunda iba a estudiar las etapas por las que han atravesado los colegios chilenos desde la Colonia; y los últimos capítulos trazarían el plan que hubiese surgido al proyectar ese acervo de experiencias sobre la realidad ciudadana actual y las esperanzas sociales de mañana.

A medida que he trabajado, las porciones que formaban en el comienzo parte integrante de un tomo, han crecido hasta el punto de que ahora se van a presentar en volúmenes separados, a la consideración de los estudiosos.

En las páginas de este ensayo, me limitaré, pues, a historiar clara y concisamente la evolución de la docencia media en aquellos países a los cuales el nuestro ha imitado un poco por infantil impulso de seguir a los grandes y a los que consideraba ricos en añosa sabiduría, y un mucho por ambicioso, natural y legítimo afán de superación. A Francia y Alemania, que son especialmente aquéllos a quienes hemos vuelto los ojos, he añadido Inglaterra, inspiradora de los Estados Unidos, del que recibimos por todas las vías de comunicación: radio, libros, cine, el aliento de poderosas ideologías. Rusia, Italia y Alemania modernas, con sus gigantescos esfuerzos por empujar su sistema docente hasta el ápice de la vanguardia mundial, no podían ser olvidados en un estudio como éste. Y es así como—a la postre—sus páginas han llegado a comprender una síntesis comparativa de la segunda enseñanza hasta el momento actual.

Mas, aunque se presenten aisladas, no se alejan del plan inicial. Dilucidan un aspecto necesario a la comprensión del problema. Para saber a dónde podemos ir, necesitamos darnos cuenta del relieve general del paisaje que nos rodea. Cuanto intentemos, siempre hundirá los pies en el pasado, las manos en las posibilida-

des estrechas de la realidad presente y los ojos en la ilimitada esperanza.

CAPITULO I

LOS TIEMPOS MODERNOS

1. Evolución.—2. Nuevo ideal de vida.—3. La Contra-reforma.—4. Siglos de transiciones: a) En Francia; b) en Inglaterra; c) en Alemania.—5. Escuelas técnicas.—6. Sumario.

1. Evolución.—El término «escuela secundaria» fué acuñado, al parecer, por Condorcet en 1792, pero el proceso que implica viene realizándose desde los tiempos de Sócrates. Existen desde entonces en los pueblos de cultura occidental una, o varias agencias docentes, con el objeto de preparar para las actividades que cada generación estima honorables y distinguidas, a ese grupo de muchachos cuyas posibilidades económicas les permiten libertarse de la obligación inmediata de ganar el sustento. Se han añadido a ellas en el siglo XIX, instituciones que, intentando primero servir a la formación de aprendices de las artes e industrias, han concluído por abarcar en sus planes una porción muy considerable de la instrucción sistemática del adolescente.

Se destacan como factores constantes que determinan su variabilidad, los siguientes:

- a) El régimen social, político y económico;
- b) Los ideales a que aspiran en cada época los grupos humanos;
- c) Las actividades que, de acuerdo con esos ideales, se estiman dignas de cultivo sistemático, y
- d) El grado de permeabilidad de las estratas sociales.

Entre el régimen social con sus formas religiosas, sociales, políticas y económicas, los arquetipos a que aspira cada época, y las ocupaciones estimadas superiores, existe íntima relación. El hombre medioeval, viviente en el feudalismo y transminado por la fe cristiana concibe su destino último en la contemplación de Dios después de la muerte.

Es un ideal común, unánime, omnipresente, indiscutible. Este mundo es un tránsito; esta vida, una prueba de amor, fe y conformidad a los designios celestes. No se discute la jerarquía social, delineada por Dios, sostenida por la Iglesia, afianzada por el brazo guerrero del emperador o el señor feudal.

¿Ciencia, filosofía, letras? ¿Para qué? Sólo en cuanto puedan servir al mayor conocimiento de lo único importante: alcanzar la bienaventuranza. Por lo tanto, son indispensables tan sólo a quienes sirven de intermediarios entre el hombre y Dios. No es que la sabiduría se «refugiara» en los conventos, como se suele leer en los epítomes históricos, sino que, dado el concepto medioeval, no había razón alguna para que se la fomentara en otra parte.

En el orden material, la vida estaba asegurada por la existencia del señor guerrero cuya moral de superhombre era muy distinta de la de sus vasallos. El idealizaba el valor, la fuerza corporal, la audacia, el respeto de sí mismo, de su palabra empeñada, de sus decisiones inquebrantables (1).

Por ende, las tareas que se estimaron superiores fueron, en primer lugar, el servicio de Dios y después el del barón de más recia envergadura.

Para aprender las virtudes y artes caballerescas, bastaba convivir en el castillo de algún señor, a donde los nobles enviaban a sus hijos a temprana edad. Conceptos de hidalguía, destreza en justas y torneos, pases de armas, cuanto el ideal caballeresco tuvo en estima, lo asimilaba el doncel ejercitándose prácticamente al servicio del señor que le armaba caballero.

Las órdenes caballerescas, fundadas en plena Edad Media, subrayaron esos arquetipos de superación viril, reconocidos como tales en la vida de los castillos.

Así como los artesanos pasaban por las etapas de aprendiz y compañero antes de ser maestros, así desde los 7 a los 14 años, el hijodalgo era un paje, desde los 14 a los 17 un escudero (*squire*) y sólo después que adquiría los ideales y hábitos de tal, se le armaba caballero.

(1) Véanse: «Ideales de la Edad Media» por el profesor Valdemar Vedel, (Bibl. Labor-Edición. Labor; Barcelona, 1925), que acompaña una buena bibliografía sobre el tema, y la «Edad Media y nosotros», por Pablo Luis Landsberg, Edic. de la «Revista de Occidente», Madrid, 1925.

Amor, guerra y religión, en eso debían ser doctos. Los rudimentos del amor comprendían la gentileza, la generosidad, el conocimiento de las complicadas reglas de la cortesía, el empleo del lenguaje florido y aun de la poesía. Se aprendía a guerrear habilitándose en el palenque, para lo cual imponíase como indispensable el ejercicio físico continuo, la destreza en la equitación, en el manejo de la lanza, la dureza del cuerpo para sufrir las inclemencias del tiempo, las privaciones y las heridas. En la ceremonia de armarse caballero, el postulante debía ofrecerse al servicio de Dios, del rey y de la dama.

Esta educación caballeresca con sus ideales de auto-disciplina, de ejercicios físicos, cortesía y pundonor, conservada por los primeros colegios ingleses: Winchester y Etón, influye hasta hoy en la segunda enseñanza de los países sajones.

La clerecía se preparó en las Escuelas de Gramática, adjuntas a los obispados, y después, a ciertos monasterios. Su objetivo primordial era el eclesiástico, mas, como producto secundario, de allí salían los amanuenses, lectores, hombres doctos en las leyes humanas y divinas, que tenían fácil acceso a los consejos de los soberanos y a las cancillerías.

Paralelamente al ideal caballeresco, se acrecentó en los defensores de la fe—sobre todo en los monjes—el afán de prepararse para disputar contra sus enemigos orientales y sarracenos, con quienes Europa se enfrentó en las cruzadas. Razonaban para sustentar su fe, pole-

mizar y abatir la herejía. De ahí el ideal silogístico de sutilezas y distingos que se propagó por los principales monasterios y después por las incipientes universidades: Boloña, (establecida en 1158), París (1180), Nápoles (1224).

Las Escuelas de Gramática y las universidades eran establecimientos eclesiásticos, defensores de la fe; fundaciones de la Iglesia para la educación del sacerdote (1). Debía el alumno someterse a austera disciplina monástica y a vivir en internado. No diferenciaban la enseñanza media de la universitaria, porque ambas coincidían en finalidades. Con un sentido perfectamente utilitario, transmitían las lecciones en latín, porque ésta era la lengua oficial de las cortes y de la Iglesia, y el vehículo de todo el saber de la época. Bien entendido, sin embargo, que no se dominaba el latín clásico de filósofos y poetas, sino el eclesiástico medioeval.

El primer programa de la Universidad de París, delineado por Roberto de Courcon en 1215, comprendía para el común de los estudiantes nada más que ciertos capítulos de la «Lógica» de Aristóteles—en versiones latinas—algunas obras de Boecio y la Gramática de Prisciano. Para los alumnos extraordinariamente avanzados se solía añadir—solamente en los días de fiesta—la *Ética* de Aristóteles, el libro IV de los «Tópicos» de Boecio y las asignaturas del Cuadrivium.

(1) Farrington, «Germán Higher Schools».

Obsérvese la indigencia del programa: desconocía el griego; la gramática, la retórica y la lógica se esbozaban apenas. Se prohibían estrictamente la Metafísica, y la Filosofía de Aristóteles por considerárselas perniciosas a la fe cristiana (1). Y esto era todo cuanto ofrecía el lagar más abundoso de la época. En controversias, en tesis, en distingos y en disputas silogísticas la más abstrusas, rivalizaban los catedráticos y se encendían de pasión los escolares. La lógica se esgrimía como el arma contundente, capaz de fulminar el pensamiento herético. No se la consideraba una disciplina formal, ideada para aguzar la mente. No. Era una herramienta práctica en la lucha contra el Demonio.

Con adiciones que no alteraban ni sus principios ni su ideal, llegaron las universidades hasta el final del siglo XIV, cuando ciertos maestros eminentes solieron atraer a una que otra, tal cúmulo de estudiantes, que fué preciso abrir nuevos planteles para albergarlos. De ahí se desarrollaron las escuelas que dieron origen a las facultades, especies de preparatorias para la profesión eclesiástica, y cuna, a la vez, de la moderna enseñanza secundaria. Tales establecimientos fueron monásticos en su carácter, su régimen y sus ideales y sujetos a la jurisdicción arzobispal.

Señalé el carácter utilitario de su programa. En realidad, el sacerdocio constituía una carrera nobilísima que abría de consuno las puertas del templo y del pa-

(1) James Russel, «French Secondary Schools».

lacio, y que se ofrecía a las ambiciones de los príncipes como a la modestia de los pequeños hidalgos. Cuando la reforma abolió los monasterios, los segundones y la hidalguía venía a menos cesaron de interesarse por la educación. Prueba de ello es la carta en que Lutero, tratando de disuadirlos, cita el común decir: «¿Para qué educar a nuestros hijos—repiten—si no van a llegar a ser sacerdotes, clérigos o monjes y de este modo ganar su sustento?» (1).

La aristocracia guerrera fué una clase rígida, que no admitía advenedizos. El sacerdocio, en cambio, tuvo desde sus comienzos alguna estima por el valor intelectual, lo que determinó que en distintos países encontremos, allá por los años 1300 a 1500, fundaciones para agraciar con becas a hijos de pecheros e iniciarlos en las artes liberales, preparatorias a la carrera eclesiástica. La mejor prueba de ello es el acta de fundación de Winchester, en Inglaterra, en 1382, y la de Eton en 1440, establecido por el rey Enrique VI para que «25 escolares pobres e indigentes estudien gramática» (2). No obstante, aquí no fructificó la erudición. Los colegios, frecuentados por la aristocracia, conservaron las tradiciones caballerescas que han prevalecido en ellos hasta ahora, en su régimen deportivo de formación de las maneras, el carácter y los ideales del gentleman. En cambio, en los países latinos dominó el con-

(1) Carta de Lutero, citada por Russel: «Germán Higher Schools», página 31.

(2) Monroe, «Principles of Secondary Education», pág. 33.

cepto teologista de una preparación exclusivamente intelectual, destinada a «definir y determinar» conceptos, a «disputar», a discurrir abstracta y teóricamente.

2. **Nuevo ideal de vida.**—Desde los siglos XIV al XVI, Europa atraviesa un período de violento y genial desarrollo. La antigüedad clásica, desconocida por el medioevo, se abre de improviso ante sus ojos, gracias a la confluencia de circunstancias maravillosamente diversas. Fué una, la presión del Gran Turco sobre Constantinopla, capital de ese imperio bizantino que se consideraba a sí mismo heredero de la Roma cesárea. Su idioma vernáculo derivaba del griego. Sus eruditos conocían a fondo el de los tiempos clásicos, además del latín.

Los ataques turcos, indujeron a Bizancio a buscar apoyo en la otra hija del imperio latino: Roma. Primero, se establecieron allá como diplomáticos; en seguida—cuando la toma de Constantinopla—como egregios maestros de una cultura que heredaba un concepto del mundo, completamente distinto del occidente feudal.

Inversiones: la pólvora que inutilizó el coraje del caballero de coraza y yelmo; la imprenta, que ayudó a propagar las nuevas formas del pensamiento en una escala antes no soñada; la brújula, que puso al alcance de los navegantes la redondez de la tierra, todas se confabularon para que se abriera ante el hombre un mundo de posibilidades insospechadas.

Perdió su carácter independiente el barón guerrero, forzado a aceptar, después de torrentes de sangre, sa-

queos y devastaciones, la hegemonía del monarca. Y éste, por razones de defensa, procuró hacer de su corte un sitio donde el fragor de las espadas cediera el paso a las maneras cortesanas, al arte y a las letras.

Renacimiento y humanismo propagaron conceptos fundamentalmente distintos y antagónicos al medioevo. El milenio estimaba la vida como una prueba para alcanzar la ventura eterna y, por lo tanto, vejaciones, miserias, dolores, inquietudes, sinsabores, molestias, todos estaban por bien empleados si conducían a la mayor gloria del alma. El humanismo se embriagó en elixir helénico. Fué como el descubrimiento de un miraje de sol. La vida humana halló otro significado. El goce de vivir, el júbilo de crear, la alegría inmensa de libertarse del remordimiento, de conocer, de pensar independientemente, encandilaron los ojos de artistas y sabios. «El Renacimiento de la literatura clásica irrumpió por sobre las barreras levantadas por la Iglesia. La antigüedad se descubrió de nuevo. El sentimiento de afinidad con el espíritu de su arte y de su filosofía se transfundió en el mundo occidental, remozándolo. En la admiración e imitación de esas obras del paganismo clásico, el hombre sintió su hermandad no sólo con los cristianos, sino con toda la raza humana» (1).

Al lado de la eclesiástica, surge una sabiduría nueva en manos de maestros que, aunque aparentemente confiesen la fe católica, se estremecen al impulso de

(1) Fisher, «Descartes», pág. 31.

ideales helénicos. La cultura, el conocimiento de los idiomas clásicos, el ejercicio de las artes se considera obra digna de ser protegida y hasta practicada por los príncipes. El «virtuoso», el genial irrumpe de cualquiera clase de la sociedad, salta las trabas de la jerarquía antigua y se codea con los Pontífices. Estos no estiman, al principio, que las nuevas disciplinas ofendan a la Iglesia. Por el contrario, las prestigian en cuanto sacerdotes de erudición insigne. Tomás Parentucelli (Nicolás V), el epitafio de cuya tumba compendia su vida: «Cultivó a los hombres doctos, siendo más docto que ellos», y Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), sacerdote, diplomático, profesor y viajero encarnaron el afán humanista, cuando éste se creía aún conciliable con la fe.

La Reforma es hija del Renacimiento y el Humanismo. Es una rebeldía de la razón en contra del dominio de la autoridad. Exigió que las criaturas de Dios, por el hecho de serlo, se comunicasen directamente con su Divino Hacedor por medio de la comprensión del Verbo en la Biblia y en los Evangelios. Para salvarse, era preciso buscar personalmente el manantial sagrado en sus fuentes originales. Estaban escritas en hebreo, griego y latín.

Los humanistas consideraron el griego como el alfa del conocimiento filosófico, inspiración éste de su actividad vital. Estudiarlo era comprender la existencia. Los reformistas lo exigían por ser el verbo de los nuevos Evangelios. Los artistas del Renacimiento rastreaban

en Virgilio, en Cicerón, en Horacio, Esquilo y Homero un concepto de belleza que contrastase con el de la época caballerescas. De modo, pues, que de distintos campos se requería el estudio del latín y del griego para la comprensión de la vida nueva que iba a iniciar el mundo.

Por cierto, que tales transformaciones contrariaban fundamentalmente a la pedagogía oficial, entonces la eclesiástica. La Universidad de París anatematizaba las innovaciones humanistas, porque comprendía que pregonaban una filosofía antagónica a la de la Iglesia católica. Es verdad que no había alarmado a los primeros Pontífices humanistas, que imaginaron conciliable la literatura clásica con la fe apostólica, sin prever el formidable alcance de su ariete como destructor del escolasticismo (1).

Tan hostil se mostró al espíritu de la época, que fué necesario organizar otro establecimiento para que respondiera a ella. Y así nació el *College Royal*, el futuro Colegio de Francia, fundado por Francisco I en 1530.

Fruto de los tiempos es también la aparición de los maestros seculares ambulantes que iban de un país a otro, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, hoy al amparo de un señor, mañana solicitando la protección de un soberano. Eran maestros profesionales, sofistas

(1) Véase «Cultura del Renacimiento», por Rober F. Arnold. Colec. Labor. Barcelona. Acompaña una excelente bibliografía sobre la materia.

les habrían rotulado los griegos, malquistos, naturalmente, con los catedráticos universitarios, porque se llevaban el favor de la juventud, ansiosa de novedades, y porque sus enseñanzas humanistas, bebidas en la antigüedad clásica, continuaban socavando la tradición, la moral, el respeto y el orden medioevales.

Por último, lo que contradujo hasta el límite las concepciones fundamentales del medioevo, fué la filosofía de Bacon y Descartes. Buscando el primero la fuente del conocimiento en la experiencia humana, aparte de cualquiera autoridad preestablecida, es decir, fuera de la verdad revelada, y cifrándola Descartes en la primacía de la razón, gracias a la cual habría de derivarse por principios lógicos una ciencia rigurosamente exacta, socavaban en sus cimientos mismos la concepción escolástica de que la única fuente de sabiduría eran la Iglesia, los libros santos y la comunión mística con Dios.

Las influencias que esbozamos surcaron de modo diverso los países de Europa. En los de origen latino, para quienes Italia fué la guía, el conocimiento de las literaturas y los idiomas clásicos, se estimó fundamental en la adquisición de una cultura que daba fama de «virtuoso» y cierto rango de distinción. Se le acompañó, pues, de un matiz aristocratizante. Quienes la poseían adquirirían el derecho de frecuentar a los grandes.

En los sajones, que adoptaron la Reforma, prevaleció la tendencia de Lutero, democratizante, porque apelaba a un mayor número. Al poner los libros santos al

alcance de todos, de hecho inició la alfabetización de las masas. Todos necesitaban, por lo menos, aprender a leer para comulgar en la fe renovada. No es de extrañar, por consiguiente, que sea Alemania quien inicie la obligación escolar y quien se adelante a entregar al Estado el derecho de intervenir en la educación del pueblo.

Lo que hoy llamamos enseñanza primaria no tuvo razón de existir en las sociedades medioevales, organizadas a base feudal. Los plebeyos lo eran a perpetuidad y sus actividades se reducían a servir al amo, ya en faenas de labrantío, ya en industrias domésticas del castillo, ya como criados en andanzas de toda índole. Mientras no existió entre ambos una débil capa de mercaderes y de artesanos, y no se intensificó el comercio entre un burgo y otro, entre los pueblos del oriente y del occidente, esas dos clases se desarrollaron en capas paralelas que, como tales, no se amalgamaron jamás. Los siglos de la navegación y de los descubrimientos, de las guerras de los españoles en Flandes, de los franceses en Italia, de los venecianos con los turcos, aumentaron el número de mercaderes y de artífices, creando así una clase media, muy indefensa al principio, muy débil, pero que, poco a poco, con la fuerza del dinero y del ingenio fué creciendo en conciencia de su propio valer. A ella se añaden esos hombres que de origen humilde saltaban las barreras sociales, gracias a una cultura extensísima, a sus dotes de artífices, poetas, pintores o escultores sobresalientes.

Se conservan, entre otros, dos programas típicos de la enseñanza secundaria en el siglo XVI: el del colegio de Strasburgo, dictado en 1565 por Sturm y el del Colegio de la Rive, en Ginebra, fechado en 1559. Copiamos este último:

«Clasis VII (la inicial).— En ella los alumnos aprenderán las letras y las escribirán para formar sílabas, empleando un libro de lectura latino-francés. Leerán francés y después latín de un catecismo latino-francés, y dibujarán y escribirán las letras del alfabeto.

«Clasis VI.— Se principiarán las declinaciones y conjugaciones. Las partes de la oración en francés y latín. Se continuará en la práctica de la escritura; se aprenderán de memoria y se repetirán, como ejercicios, sentencias latinas sencillas.

«Clasis V.— Se concluirá con las partes de la oración; elementos de sintaxis, lectura de las «Eglogas» de Virgilio. Composición latina, latín y francés de uso diario.

«Clasis IV.— Se concluirá la sintaxis latina. Se comenzará: «De las letras», de Cicerón, basando en ella los estudios de composición. Prosodia y lectura de Ovidio. Comienzos de griego: declinaciones y conjugaciones.

«Clasis III.— Estudio sistemático de la gramática griega. «De las letras», «De la amistad» y «De la servidumbre», de Cicerón. Versión al griego de estos dos tratados. «La Eneida». Lectura de César e Isócrates.

«Clasis II.—Lectura concienzuda de Livio, Xenofonte, Polibio, Heródoto y Homero. Principios de Lógica. Propositiones y silogismos, con ejemplos tomados de «Los Discursos», de Cicerón. Una vez a la semana, narraciones de los Evangelios, en griego.

«Clasis I.—La «Lógica», de Melanchton; elementos de retórica y de elocución relacionados con ella. Los «Discursos», de Cicerón, las «Olyntíacas» y las «Filípicas», de Demóstenes. Análisis retórico de Homero y de Virgilio. Preparación de dos «declamaciones» originales al mes. Una vez a la semana, las «Epístolas», de San Pablo o de otro apóstol, leídas en griego».

Es flagrante el cambio de orientación de este plan, con el inicial de la Universidad de París. Las dimensiones del hombre se han extendido, sobre todo, en el tiempo. Se ha aceptado la antigüedad, a pesar de su núcleo herético. Pero la ciencia, que tan vastos progresos había alcanzado en los siglos XIV y XV, queda absolutamente fuera de la órbita del programa; se ignoran las matemáticas, destacadas como ciencia de primer orden gracias a los estudios de Nicolás Cusano (1401-1454). Puerbach († en 1461), y Regiomontano (1436-1478); la Física, que avanzó con gigantescos pasos con Leonardo de Vinci (1452-1519); la Astronomía, con los matemáticos mencionados y con Nicolás Copérnico (1473-1543); la Medicina, con Paracelso (1493-1541) y Andrés Vesalio (1514-1564), autor de aquel libro sensacional y transforma-

dor del concepto terapéutico «De humani corporis fabrica».

El combate entre el viejo espíritu medioeval y el del renacimiento humanista, dió por primer resultado la victoria de lo literario, de lo filológico en los colegios, porque permitía, por lo menos en apariencia, conciliarlo con la fe.

El nuevo mundo tampoco alborea en los programas oficiales. No los influye. Conservan su marco tradicional, a que les adhiere la rutina.

3. La **Contra-reforma** se empeñó en purgar de heréticos el mundo y de limpiarlo de las falsas doctrinas introducidas subrepticamente por la presentación del ideal heleno al través de su literatura. No consiguió, sin embargo, volverlo a su unanimidad del medioevo, que jamás ha podido el hombre surcar aguas arriba el curso de los tiempos. Los Pontífices, los teólogos y los concilios de la **Contra-reforma**, especialmente el de Trento, buscaron las armas para combatir la descatalogización en el robustecimiento del poder papal, en la depuración de ciertas órdenes religiosas y en la fundación de otras nuevas, varias de caridad y algunas de enseñanza. Instituyeron el **Index** de libros prohibidos por la autoridad eclesiástica y restauraron la Inquisición, venida a menos durante los siglos XIV y XV.

De todas las Ordenes nuevas, ninguna fué organizada con mayor talento que la **Compañía de Jesús** (reconocida por **Bula Papal** de 1540). La experiencia vic

toriosa de los protestantes alemanes les sirvió para adiestrarse y combatirlos con el arma que habían descubierta: la enseñanza para todos. Ignacio de Loyola elevó a ideal de la Compañía el de adoctrinar a la juventud. Por primera vez en la historia de la didáctica se iba a proporcionar instrucción gratuita, con lo cual se asestó un golpe que aturdió por varios decenios a los colegios de las Universidades y de otras instituciones monásticas, cuyos maestros eran pagados con los estipendios de sus alumnos.

Tuvo su fundador la intuición maravillosa de las necesidades por venir y planeó para la educación de la futura clase dirigente, el sistema que poco más tarde el Cardenal Acquaviva detalló en la *Ratio Studiorum* (1) (su versión última es de 1599), que predominó en todos los países católicos de origen latino, permaneciendo inalterable hasta los comienzos del siglo XIX (1832).

El jesuítico es, en realidad, el primer «sistema» de segunda y superior enseñanza internacional en grande escala, con objetivos claros, administración y organización reglamentadas, con métodos y planes de estudio definidos y con régimen escolar sui generis. Su internacionalismo se manifiesta en los poderes del «general» de la Orden que dirige su aplicación y nombra a los «provinciales»: jefes, en cada región en que dividen el

(1) La *Ratio Studiorum* o Sistema de Estudios, forma la IV parte de la Constitución de la Orden.

mundo. Estos, a su turno, supervigilan a los «rectores» de los establecimientos, que son elegidos también por el «general». Los provinciales nombran el personal inmediato: prefectos, maestros, etc. No entramos—porque rebalsaríamos la índole de este libro—en los otros aspectos de su sistema y limitémonos sólo a señalar su innovación más importante: la preparación superior—desde el punto de vista científico y pedagógico—de los profesores de sus colegios. En sus establecimientos superiores, encontramos la cuna de nuestros institutos pedagógicos modernos.

Se anticiparon los jesuitas, además, al aforismo de Bacon: «ciencia es potencia» y atribuyeron especialísimo interés a la captación de los individuos talentosos. La primera selección educativa a base de los mejor dotados es creación ignaciana.

El programa de la *Ratio Studiorum* contemplaba la enseñanza del latín como idioma principal. Seguía en importancia el griego. Recitaciones, traducciones, discusiones y ejercicios sobre autores latinos y griegos, gentiles y cristianos completaban el horario. Dividíase el curso en 6 años, suponiendo que los que ingresaban conocían ya los elementos de la lectura y escritura. Es, en conjunto, un acabado y primer ensayo de los planes modernos humanísticos.

La Contra-reforma se impuso en los países latinos y apenas si tuvo éxito escaso sobre el protestantismo, en casi todas las nacionalidades sajonas. Gracias a ella, se impuso en los países occidentales de Europa el con-

tenido religioso del medioevo, en las formas nuevas de la cultura post-renacentista. Ese pujante florecimiento de los ideales antiguos surgidos al conjuro del Humanismo, parecieron marchitarse. ¿Para siempre? No. Algo quedó latente: primero, aquello que si no se conciliaba del todo con la Iglesia, por lo menos no contradecía sus principios teológicos: el latín, lengua de la liturgia; el griego, verbo evangélico; el hebreo, abuelo bíblico. Los primeros humanistas proclamaron la necesidad de conocerlos, como un medio para penetrar en el arte y la filosofía clásicos; para libertar las potencias subyugadas del hombre, zafarle de sus ligaduras medioevales y ponerle frente a aquellos arquetipos superiores de mentes helénicas, libres, audaces, buscadoras intrépidas de la verdad. El primer significado de la palabra «humanidades» como un conjunto de estudios fué ése: «Enseñanza y preparación para aquellas virtudes, ideales y actividades peculiares del hombre» (1). Se la hacía sinónimo de educación liberal—al modo como se la entendió en Grecia y Roma—significado amplísimo que incluía ideales de conducta, ciencias, artes y letras.

Mas ya en el siglo XVI la palabra «humanidades» había adquirido el sentido estrecho que conserva hasta ahora: cursos en que prevalecen las lenguas clá-

(1) Véanse Monroe, «Historia de la Pedagogía». Cap. VI y Farrington, «French Secondary Schools». Cap. III.

sicas y las literaturas. Se convirtieron éstas en un fin, porque quienes enseñaban en las escuelas católicas o protestantes, eran en su inmensa mayoría sacerdotes, que comulgaban en ideales opuestos a los de Grecia y Roma.

La libre busca de la verdad y la confianza en la razón humana que llevaron al martirio a Etienne Dolet, a Galileo y a muchos otros fueron ahogadas en todas partes por las intolerancias. Es verdad que en los países sajones hubieron de luchar contra enemigos menos poderosos que en el mundo católico: estaban abolidas allí las órdenes religiosas, instituciones más permanentes que la vida de cualquier hombre y, por lo tanto, con organismos de defensa, lucha y ataques más duraderos que los sermones de los pastores de la iglesia protestante. Y dificultosamente, a través del siglo XVII esa búsqueda independiente de la verdad logró limpiar de marañas su camino, fuera del recinto oficial de colegios y universidades, hasta llegar al mundo en las páginas del «Novum Organum» y el «Discurso del Método».

Su evolución fué muy diversa en cada país. Francia, rival de las comarcas protestantes de Inglaterra y los estados alemanes, sostuvo con ellos una lucha no interrumpida, con las armas, con la diplomacia o con el trabajo interno para engrandecerse y tomó contacto permanente con el pensamiento protestante.

España—nuestra madre—distanciada por su posición geográfica y protegida por la cortina de fuego de

la Inquisición, permaneció fundamentalmente medieval. El Humanismo tuvo hombres como Vives, pero no adentró en el pueblo ni en las clases directivas. Fué completo el predominio eclesiástico en la educación de la juventud y se extendió más acentuado al Nuevo Mundo.

En cuanto al otro factor predominante en el Renacimiento: el ideal individualista de libertarse de prejuicios y trabas, de vivir a la manera de Aristóteles «feliz y bellamente», en esa ansia de plenitud gozosa, que condujo a la corrupción desenfrenada de la época de los Borgia, aportó, como reacción natural, las enérgicas restricciones de católicos, puritanos y calvinistas.

Del embate entre las dos más poderosas concepciones del mundo, que hubiera sistematizado el hombre: el paganismo helénico y el catolicismo, una cosa se perdió en estos siglos: la unanimidad de ideales, característica de la Edad Media. Desde entonces se disputan la conciencia humana, la disciplina cristiana, que concibe este mundo como un sitio de prueba para alcanzar la Jerusalén celeste, y esa otra que, en la secreta duda del más allá, aspira a disfrutar ahora y aquí un bienestar compatible, a lo menos, con una humilde dicha terrestre.

4. Siglos de transiciones.—a) En Francia.—El proceso de transformación social se amenguó con el triunfo de las monarquías absolutas. Para el observador superficial, las distintas capas sociales volvieron a adquirir relativa impermeabilidad. De no me-

diar circunstancias excepcionalísimas, el hijo del señor era señor, el hijo del burgués, burgués y el del villano, villano. El ideal de plenitud vital perdió en sentido íntimo lo que ganó en culto a la exterioridad. Los estudios griegos y latinos, abreviados a gramática, retórica y a un atisbo de literatura, cuando no preparaban a la clerecía, pasaron a ser objeto de adorno y patente de elegancia.

A las ocupaciones superiores medioevales, que fueron el servicio de Dios, del rey y de la dama, se añadieron la administración de los negocios públicos y de la propia hacienda, cuando no se dejaba ésta en manos de mayordomos. El ritual cortesano se aprendía en palacio. Ciertos ejercicios deportivos, danzas y juegos a la moda completaban la educación. Mas también daba prestigio de elegante frecuentar a los artistas y conocer algo de las letras clásicas. Para las armas, se comenzó a requerir las matemáticas y el arte de las fortificaciones. La administración pública necesitó el conocimiento del idioma patrio e historia moderna, asignatura que hasta ese entonces no tenía el honor de ser admitida en los programas oficiales

La riqueza privada obtenía sus mayores ingresos de una agricultura rutinaria y tradicional, para la que holgaba cualquiera preparación académica. Eran el siervo y el campesino los que bregaban por el amo que, muy a menudo, ausentábase a la corte, a donde acudían también a pretender los hidalgos venidos a menos. So-

lamentemente el sacerdocio obligaba a estudios más sistemáticos y amplios.

Más como individuos no clasificados, aumentaban los mercaderes y artífices enriquecidos, los navegantes afortunados que preparaban el advenimiento al poder de la clase media, de la cual las monarquías no se curaban entonces en absoluto.

La técnica que requerían sus artes, transmitíanse de padres a hijos, de familia a familia. Cuando su fortuna se los permitía, frecuentaban al humilde dómine del pueblo que les enseñaba mal que bien la cartilla y en casos excepcionales, al cura de la parroquia que les introducía en los misterios del latín.

La plebe vegetaba al margen de toda educación sistemática.

(Continuará).